

puesto que se vieron levantar y nacer, digámoslo así, de la nada. Pero no tardó mucho la Providencia en acarrearles protectores: hasta el mismo trono se interesó en el suceso de esta grande empresa. Los reyes y los príncipes hicieron brillar su magnificencia. Los particulares contribuyeron con otro tanto mas gusto á la gloria del templo en quanto estaban menos obligados á ello. Ni el rigor de las estaciones, ni la miseria de los tiempos, suspendieron la pública liberalidad y la continuacion de los trabajos. Con el mismo vigor prosiguieron mientras la guerra que durante la paz, no sabiendo el mundo, si debía admirar mas el rápido aumento que tomaban, ó la resplandeciente magestad del edificio.

En todas estas cosas, y en un suceso tan maravilloso, me parece que no podreis descubrir sino un orden natural y comun; pero por lo que á mí toca desde luego me persuado á que se manifestaba en ello la mano de Dios. *Digitus Dei est hic* (1). El poder y la proteccion de *Sulpicio* resplandecia con no menos magnificencia; y este Santo fué sin duda el que deseoso de ver levantado en su honor el mejor templo de este reyno, pudo, por decirlo así, facilitar, dirigir y coronar todos los trabajos.

Pero este Héroe ponía desde el cielo su mira en ellos, principalmente en aquellos solemnes dias de bendicion en que adquirió este templo un nuevo grado de santidad, y en los que

(1) Exod. 8. 19.

por medio de la consagracion de estos altares parece que se nos convida á dedicarnos á Dios mas particularmente. Aquellos dias, pues, son los que forman la época que debe estar grabada para siempre en nuestros corazones, y desde los que empezó *Sulpicio* á derramar en este templo una multitud de nuevos beneficios.

Desde que se empezó á construir fué aquel Santo su protector obligándole infinitos motivos á no dexar de serlo, porque en algun modo se interesa su gloria en ello. ¿Por que no se renovarán en nuestros dias los prodigios que anunciaron en otro tiempo su poder en el primer templo que se construyó en su honor?

Permitidme este rasgo histórico, supuesto que tengo por garante al grande Elías, á quien no ha podido desmentir un severo crítico. Apenas habia acabado *Sulpicio* su carrera, quando llegó á ser célebre su sepulcro por el número y brillantez de sus milagros. Estos tienen sobre el espíritu del pueblo una fuerza tan victoriosa, que hasta de la misma incredulidad triunfan. En efecto, ya no se dudaba de su santidad; su poder estaba justificado; su nombre puesto en los anales de la historia por un unánime consentimiento, y la piedad le levantaba altares. Sobre estos, pues, christianos oyentes, era sobre los que se aumentaban los prodigios, y en los que los desgraciados, condenados tal vez al suplicio por una ligera culpa, buscaban su asilo contra la severidad de las leyes. Así era á la verdad, porque *Sulpicio* se declaraba por su protector. *Ipse visitator et adiutor est loci*. Refugiados al abrigo de aquellos

altares lograban ver rotas por sí mismas sus cadenas. Causando admiracion un milagro de esta naturaleza, confesó Berry, con no poco asombro, que este Santo lo podia todo para con Dios, y que de nada servían las potestades humanas en su templo contra los que él protegía. *Ipse visitator et adjutor est loci.* El poder de *Sulpicio* siempre es el mismo. ¿Por que no ha de hacer por un templo, que es depositario de sus preciosas reliquias, lo mismo que hizo por otro que lo era de su glorioso sepulcro? *Ipse visitator et adjutor est loci.*

Si, christianos, su gloria, vuelvo á decir, se interesa en algun modo en hacer respetables sus sagradas reliquias en un siglo incrédulo: en un siglo en que degenerando el libertinage en impiedad, se muestra muy ingenioso para rebajar el poder de los santos, y tan distante de crear sus milagros, como de imitar sus acciones. Esperadlo, pues, todo de su proteccion, respecto que todo le obliga á multiplicar en este templo sus gracias y beneficios. En efecto, ¿donde se hallará otro que sea mas digno de su proteccion? O por mejor decir, olvidemos las maravillas que excitan en él nuestra admiracion. El gusto de la arquitectura, la singularidad del pórtico, la altura de las columnas, el orden y la distribucion de las pilastras, la riqueza de los ornamentos, la magestad de los altares, esas bóvedas sagradas, esa espaciosa nave, y en una palabra, ese augusto Santuario, excede á lo mas grande, noble y magnífico. Pero no es en estas maravillas del arte en las que fundo la proteccion
de

de *Sulpicio*: es otro objeto mas digno de su atencion el espíritu que reyna en este templo.

Es en dos palabras el del fervor. ¡Que espectáculo tan edificativo es el que me encanta, me arrebató y me transportó! Me parece que estoy viendo revivir aquellos dichosos tiempos de la primitiva Iglesia, en los que solamente la virtud formaba la emulacion de los christianos. ¿No estais vosotros mismos poseidos de una secreta admiracion al ver que á la sombra de este tabernáculo imita una clerecia tan brillante como numerosa el fervor de los celestiales espíritus?::: ¡Que exemplos! cada uno parece que se merece una particular admiracion. Acabad vosotras, modestia sin afectacion y piedad sin hipocresia, acabad vosotras este retrato. ¡Quiera Dios que se mantenga y perpetúe siempre este espíritu!

Es el espíritu de fervor y de zelo. ¿Necesitaré yo acaso recordaros aquellos horrosos dias en los que se atrevió la impiedad á llevar sus sacrílegas manos hasta sobre el tabernáculo de este templo, llegando por el delito mas odioso á insultar la divinidad hasta sobre el altar, y sin respetar á los santos misterios, no querer confesar, en menosprecio de la Religion, á ese Dios oculto baxo las apariencias del pan, y deleytarse con el horrible delito de ultrajarle y hollarle con sus pies? ¡O escena la mas compasiva para un corazon verdaderamente christiano! Ya conozco, señores, que os estremecereis, pero poned vuestra consideracion en otro objeto. Ya que habeis visto el colmo de la iniquidad, admirad ahora los pro-
di-

digios del zelo. ¡Quantas indagaciones se hicieron para descubrir á los delinquentes; ¡Que artificios tan ingeniosos para remediar el exceso de semejante crimen! ¡Que votos y solemnidades para defender la gloria de Jesu-Christo! Cada año se nos recuerda á la memoria, y en cada uno se nos presenta el mismo zelo. Pero ¿que es lo que yo digo? ¿Acaso se pasará algun dia en que no se extienda y se perfeccione? Este es un fuego, cuya actividad se aumenta con las aguas que se echan sobre él. Los trabajos mas á propósito para intimidarle, son otros tantos nuevos motivos que le animan. ¡Quiera el Señor que tenga este espíritu otros tantos imitadores como panegiristas! ¡Quiera::: Pero me detienen nuevas maravillas.

Estas son el espíritu de zelo y de decencia. ¿Podrán corresponder mis expresiones con la exáctitud de la pintura que vuestra imaginacion se habrá formado? Como testigos del asombroso espectáculo que os quiero manifestar, podreis mejor que yo dar aquí la idea de lo que es: figuraos mejor que yo este edificativo orden que reyna en todas las ceremonias, y al parecer las da una magestad mas brillante; esta sabia lentitud, que en la celebracion de los divinos misterios inspira á la misma impiedad un interior arrebatamiento, y este cántico, que gobernado siempre por la prudencia, parece que expresa la nobleza de los pensamientos y da el alma á las palabras. Y ¿que diré yo de ese magnífico espectáculo, que por su decencia y grandeza, ofrece con tanta nobleza la augusta magestad de nuestra Religion,

gion, y se anuncia cada año con nueva brillantez? Espectáculo otro tanto mas digno de nuestra atencion en quanto penetra hasta nuestros corazones. ¿Que diré yo de ese religioso silencio tan expresamente recomendado, y observado con tanta exáctitud? ¡Ah! ¿debería ser acaso un elogio comò este el particular de este templo? Muchos asuntos se me representan, pero no es mi intento manifestarles todos. Tal es el espíritu de decencia que reyna en este templo, y que quanto mas nos choca y admira, otro tanto mas nos imposibilita para dar una perfecta idea.

Espíritu de decencia y de catolicismo. ¿Lo diré yo siendo en deshonor de nuestro siglo? No está libre el Santuario que llegue el error hasta sobre sus altares. Ni aun la cátedra de la verdad se ha libertado del veneno que esta artificiosa serpiente supo esparcir, produciéndose con profana novedad. Sostenido el espíritu del engaño con las apariencias del zelo, preocupa á la credulidad del pueblo. Lejos, lejos de este templo esos pretendidos oráculos de la impostura. La sana doctrina es la que forma el estudio de una sabia clerecía, y no se verá jamás ese luminoso zelo de un juicioso pastor en la necesidad de imponer silencio al error, supuesto que sabe alejar de sí hasta la mas leve sospecha. Lejos, lejos de este templo esa fingida conducta de un zelo siempre nocivo. La prudencia sabe hermanar la dulzura con la severidad, sin que esta sobresalga nunca, ni se lisonjee aquella, manteniéndose siempre para la fe con un temperamento tan

precioso, y triunfando la verdad á quien se comunica. Hé aquí, señores, los caracteres que distinguen á este templo: tales son los poderosos ruegos con que se solicita en su favor la constante proteccion de *Sulpicio*. No, no me parece que podrá resistirse á tantas acciones y virtudes como hacen revivir aquí su espíritu. *Ipse visitator, et adjutor est loci.*

¿Me desmentireis ahora si digo que la esperanza en la proteccion de *Sulpicio* debe sostener este templo? *Lapides spe solidati.* ¿Queréis todavía otra señal que pone el colmo á la confianza que os debe animar, y obliga á *Sulpicio*, por decirlo así, á que se declare siempre el apoyo de este templo? Yo digo que se perpetúan en él los prodigios de su caridad. *Lapides charitate compacti.* Esta es mi tercera parte.

PUNTO TERCERO.

Caridad universal y constante. En una palabra, he pintado la de *Sulpicio*, y en ella una caridad, cuyos prodigios se renuevan y perpetúan en este templo. Sigamos el paralelo. Llamo desde luego caridad universal á aquella caridad fecunda que sabe producir milagros en favor de la miseria. *Charitas alios parturit.* Aquella caridad compasiva y sensible que participa con los desgraciados de su desgracia, y con los enfermos de sus enfermedades. *Cum aliis infirmatur.* Aquella caridad que, como si fuera una tierna madre, se extiende y presta toda sin excepcion á beneficio de todos. *Omnibus mater.* Tal es el modo de pen-

pensar de San Agustín, á quien sigo en esta parte. Pero decidme, ¿hay alguna cosa en este relato que no pueda convenir á *Sulpicio*? ¿Hay alguna cosa que no pueda yo aplicar á este templo? En *Sulpicio* será donde halle los exemplos de aquella caridad que os debo describir. Vosotros que conceis las virtudes de este Santo porque os habeis impuesto la obligacion de estudiarlas ¿os le representareis acaso de otro modo que como un Héroe de una caridad santa y fecunda? Díganlo sino tantas útiles fundaciones como transmitirán los anales de la Iglesia Galicana á la memoria de la mas remota posteridad: díganlo sino tantas casas abiertas á la desesperada miseria; tantos establecimientos ventajosos proporcionados al zelo, cuya virtud exponia la indigencia, y en fin, tantos retiros establecidos en favor de aquella parte de la clerecía, á quien un estado poco ventajoso parecia que imposibilitaba cultivar sus talentos y formarse en los ejercicios de un santo ministerio. Así es como, al modo de un fecundo é inagotable raudal, lleva la caridad la opulencia hasta el medio de la esterilidad misma. *Charitas alios parturit.* La aplicacion es natural. Yo no sé si me engaño; pero me parece que no tanto he pintado la caridad de *Sulpicio*, quanto aquella, cuyos prodigios renovados siempre á cada paso se ofrecen en este templo á mi corta inteligencia.

¿No habeis visto salir de él, como de su centro, infinitas fundaciones que son tan útiles á la Religion como al Estado? ¿Tantos parages en donde puesta siempre la miseria al

abrigo de las humillaciones y de la indigencia parece que se indemniza por el dichoso estado en que se halla de la triste situacion en que se veía? ¿Retiros santos en donde asegura el sexó femenino su virtud contra los peligros del mundo? ¿Florecientes comunidades en donde la clerecía es hoy la esperanza del Sacerdocio y mañana su gloria y ornato? ¡O inmortales obras! Vosotras brillais al abrigo de este templo en el que, por decirlo así, os ha producido la caridad, y os reproduce aun cada dia. *Charitas alios parturit.*

Cum aliis infirmatur. El ser desgraciado era bastante motivo para contarse con el favor de *Sulpicio* y mover su corazon. En su caridad hallaba la abandonada miseria los recursos que el insensible mundo la negaba. *Cum aliis infirmatur.* ¿Es este su espíritu, es este aquel mismo Santo que escuchando en este templo las quejas de los desgraciados agota asimismo la fuente de sus lágrimas y dulcifica la amargura de su desgraciada suerte? Pero ¿que digo yo? La misma caridad sabia muchas veces prevenir sus deseos: siempre se mostraba mas pronta para socorrerles que eran ellos de ingeniosos para pintarla su miseria. *Cum aliis infirmatur.*

¡O triste familia! La imprevista decadencia de una brillante fortuna te reduxo á un estado mucho mas humilde que lo fué de lisonjero el que se le siguió: tu triste situacion te obliga á buscar un indispensable socorro, y tu delicadeza teme exponerse. Ven, pues, ven á lo interior de este Santuario y manifiesta ese secreto que te importa ocultar al resto del mundo:

la

la caridad sabrá sostenerle sin que te expongas. ¡O pobres impedidos! Ya que vuestros mutilados miembros os impiden el trabajo necesario para vuestra manutencion: venid, venid á comunicar en este templo la naturaleza de vuestras enfermedades: la caridad siempre industriosa sabrá ocuparos en ejercicios fáciles, que suplen á las penosas fatigas que no podeis sufrir. *Cum aliis infirmatur.*

Pero aun descubro otro carácter que justifica las relaciones esenciales que encuentro entre la caridad de *Sulpicio* y la que reyna en este templo, quiero decir, aquella caridad que no hace distincion de personas. *Omnibus mater.* Bien lo sabeis vosotros: su palacio era el asilo, el manantial y el centro de los pobres. De los miserables enfermos, de los peregrinos, de los vergonzantes y de los pobres de toda especie se componia su corte. Su caridad sabia distinguirles á todos, descubrir sus necesidades y hacer que ninguno estuviese descontento. *Omnibus mater.*

Aun en el dia veo que subsiste en este templo un prodigio semejante. A nuestro tiempo pertenecia estar libre de la reprehension que hacia antiguamente San Bernardo á los ministros del altar. Yo admiro, decia, la pomposa brillantez de las Iglesias: en ellas resplandecen infinitas maravillas del arte, que al mismo tiempo que encantan, como que se las disputan entre sí á porfia. *Fulget Ecclesia in parietibus.* ¡Ah! y que espectáculo tan triste se presenta en medio de tanta magnificencia! Sí, christianos: la pobreza se ve abandonada

O 3

á

á todo el rigor de su suerte: pide y no se la oye: gime y no se la consuela. *Fulget Ecclesia in parietibus, et in pauperibus eget.*

No, no toca á este templo semejante reprehension. Puede que jamas se haya visto otro que esté mas bien adornado: todo llama en él la atencion de los curiosos é inteligentes. Pero podemos decir en su honor, que no se mantiene esta pompa á expensas de la indigencia. El ornamento mas bello de este templo, es la magnificencia con que resplandece la caridad á beneficio de los pobres. Semejante esta á la gracia, sabe tomar en el presente Santuario mil formas diferentes, é ingeniosa siempre, siempre se sabe multiplicar.

Tan pronto consagra esta caridad sus talentos á la instruccion, que es en lo que escriba su apostolado para con los pobres. Tan pronto consagra su crédito, solicita, ruega y persuade, que es en lo que consiste la proteccion que les ofrece. Tan pronto consagra sus riquezas, repartiendo con liberal mano inmensos tesoros, y aliviándoles, animándoles, sosteniéndoles y alimentándoles, que es lo que forma el caracter de una madre tierna que mira á los pobres como á sus queridos hijos, y que no piensa ni obra sino para su propio interes. *Omnibus mater.*

Muchas almas pudiesen dar aquí unánimemente el mas eloquente y glorioso testimonio de lo que digo. Sus expresiones, como sincéros intérpretes de los sentimientos del corazón, serian para mí otras tantas vivas pruebas que me preservasen de la injuriosa sospecha

cha de haberme prestado á la adulacion. Dios no quiere, á la verdad, que desde esta sagrada cátedra me atreva yo á ofrecer inciensos lisongeros. Yo discurro que, muy al contrario, se me debe reprehender por no haber bosquejado mas que ligeramente los prodigios y asuntos que debiera haber desempeñado con mas dignidad. ¡Mas ah! ¿Como habia de hacer ver tantas maravillas como oculta una modesta caridad al conocimiento del mundo? Caridad única por cierto, que merece siempre nuevos elogios, y es tan constante como universal.

Aquellas grandes revoluciones que acontecen en los imperios, son, sin comparacion, mucho mas fatales para los pobres que para el resto de los hombres. En dias tan criticos, hasta la mas brillante opulencia se contiene dentro de los límites de una indispensable economía, semejante á aquellos rios á quienes los hielos del invierno suspenden su corriente y detienen sus aguas. En los tiempos miserables, casi siempre dexa de extenderse la caridad: quanto mas se aumentan las necesidades, mas se oculta, y menos beneficios parece que reparte. Pero yo me engaño, porque hay corazones que no saben degenerar de sus sentimientos aun en los tiempos mas calamitosos: su generosidad y piedad, se animan y redoblan á vista de las miserias públicas: quanto mas universal son las desgracias, otro tanto mas fecunda y extensa es su caridad. *Charitas nunquam excidit* (1).

O 4

Mas

(1) I. Cor. 13. 8.

Mas que se escapen á vuestra memoria los inmortales exemplos de un San Agustin , que en los mayores apuros de un sitio porfiado hizo ver á Hipona con admiracion hasta donde puede llegar la caridad mas heroyca. Mas que no hagais cuenta de la caridad de un San Carlos Borromeo , á quien vieron los anteriores siglos con asombro , y la mirarán de igual suerte los venideros , que durante el mas terrible azote del hambre , quiso mas bien llegar á ser el primero y mayor pobre de su Diócesis , que abandonar á su pueblo á los rigores de la miseria. Y , en fin , mas que os olvideis del grande modelo que os he propuesto hasta aquí en la caridad de *Sulpicio* : ¿ quantas maravillas nos ofrecerá si miramos á aquellos funestos y desgraciados dias , en los que por la larga duracion de la guerra se vió el príncipe obligado á buscar en la bondad de los pueblos los recursos que no hallaba en sus agotados tesoros? Entonces , entonces fué quando la siempre constante caridad de *Sulpicio* , apaciguó los espíritus rebeldes , ganó los corazones descontentos , y excedió , por decirlo así , al heroismo christiano. *Charitas nunquam excidit.*

Pero ¿ que necesidad tenemos de acudir á la antigüedad de los siglos para hallar prodigios de caridad? El nuestro nos les suministra , y este templo nos ofrece los mas resplandecientes exemplos. En él es la caridad superior á los acontecimientos. En vano os referiría yo las desgracias de los tiempos , porque las conoceis vosotros muy bien ; ¿ y quien será el que las ignore? Una guerra motivada por la justicia , y di-

dilatada por necesidad , es el principio de todas ellas. Nuestras victorias debieran haber acabado con nuestros males. Pero ¡ o gran Dios! Nuestros delitos son los que hacen caer sobre nosotros el peso de vuestra venganza. Un monarca en quien sus vencidos enemigos se ven precisados á confesar la intrepidez y el heroismo , un nuevo Luis XII. , que , como él , es el padre de sus vasallos : un rey , quien solamente no teme los peligros que todo el reyno se rezeliza contra él ; guerrero por inclinacion , y pacífico por bondad , no aspira á otra cosa que á lograr el dulce instante de poder ofrecer la paz á la Europa , y hacer feliz á un pueblo de quien es las delicias , á quien ama , y en favor de quien quisiera suspender las órdenes que , á pesar suyo , no pueden menos de salir de su trono. ¡ O gran Dios! Tus juicios son incomprendibles , y no nos toca á nosotros penetrarles. Adoramos vuestra mano sin embargo de que nos castigue. Los golpes que nos descargas son obra de tu gracia. En nuestros apuros nos suministras los recursos que necesitamos.

En efecto , ¿ quantos no halla la miseria en este templo? ¿ Por ventura no subsiste la misma caridad en tiempo de guerra que la que se admiraba en tiempo de paz? ó por mejor decir , ¿ no multiplica constantemente sus beneficios una caridad mayor y mas extensa? Aquellas quejas que resonaban en tantos templos , aquellos clamores que la olvidada y abandonada pobreza parece que tiene derecho á manifestar nunca se oyen en este augusto templo , porque siem-

siempre resplandece en él sin disminuirse una superior caridad, y porque el zelo, siempre arreglado, sabe distribuir en él sus limosnas con la mas exácta prudencia, y estoy para decir, que con una especie de santa prodigalidad. *Charitas numquam excidit.*

Sostened una caridad tan respetable, ricos y grandes del mundo. ¿Que ha de poder un hombre solo en un tiempo en que la miseria es casi general en el pueblo? Quiera Dios que sus exemplos exciten en vuestros corazones la caritativa emulacion que nos representan siempre en este templo las virtudes de *Sulpicio*. Conságrela en su honor vuestra piedad para que os sirva de estímulo á fin de caminar por sus huellas. Respetad é imitad su fe. Los exemplos de ella han venido á ser la piedra fundamental de este templo. *Lapides fide formati.*

Si sois fieles en imitarle, y le invocais con constancia, lo podeis esperar todo de su proteccion. Proteccion poderosa, á la verdad, que ha experimentado muchas veces este templo, y cuyos saludables efectos se puede todavía prometer. *Sulpicio* es como columna inmutable que sostiene y afirma estas sagradas bóvedas. *Lapides spe solidati.* Reviva siempre con especialidad en los prodigios de vuestra caridad. Mirad á los pobres y á las piedras vivientes de este templo como si fuera á vuestras propias personas. Quiera Dios que les una la Religion con vosotros sobre la tierra, *lapides charitate compacti*, para que seais coronados con ellos en la eterna bienaventuranza, como deseo.

ORA-

ORACION FÚNEBRE

DEL ALTÍSIMO, PODEROSÍSIMO
y Excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este título, y primer
Príncipe de la Sangre Real:

PRONUNCIADA

á trece de Mayo de 1752 en la Iglesia
de París.

*Mortuus est... et universus Juda, et
Jerusalem luxerunt eum.* Murió, y
toda Jerusalem y Judá le lloraron.
2. *Paralipom. c. 35. v. 24.*

Así acaban los libros santos el elogio de un Rey (1) que, despues de haber sido la gloria, el exemplo y la edificacion de Judá, llevó consigo al sepulcro los sentimientos de un pueblo á quien habia admirado durante su vida; y así es como debe empezar el elogio del religio-

(1) Josías.